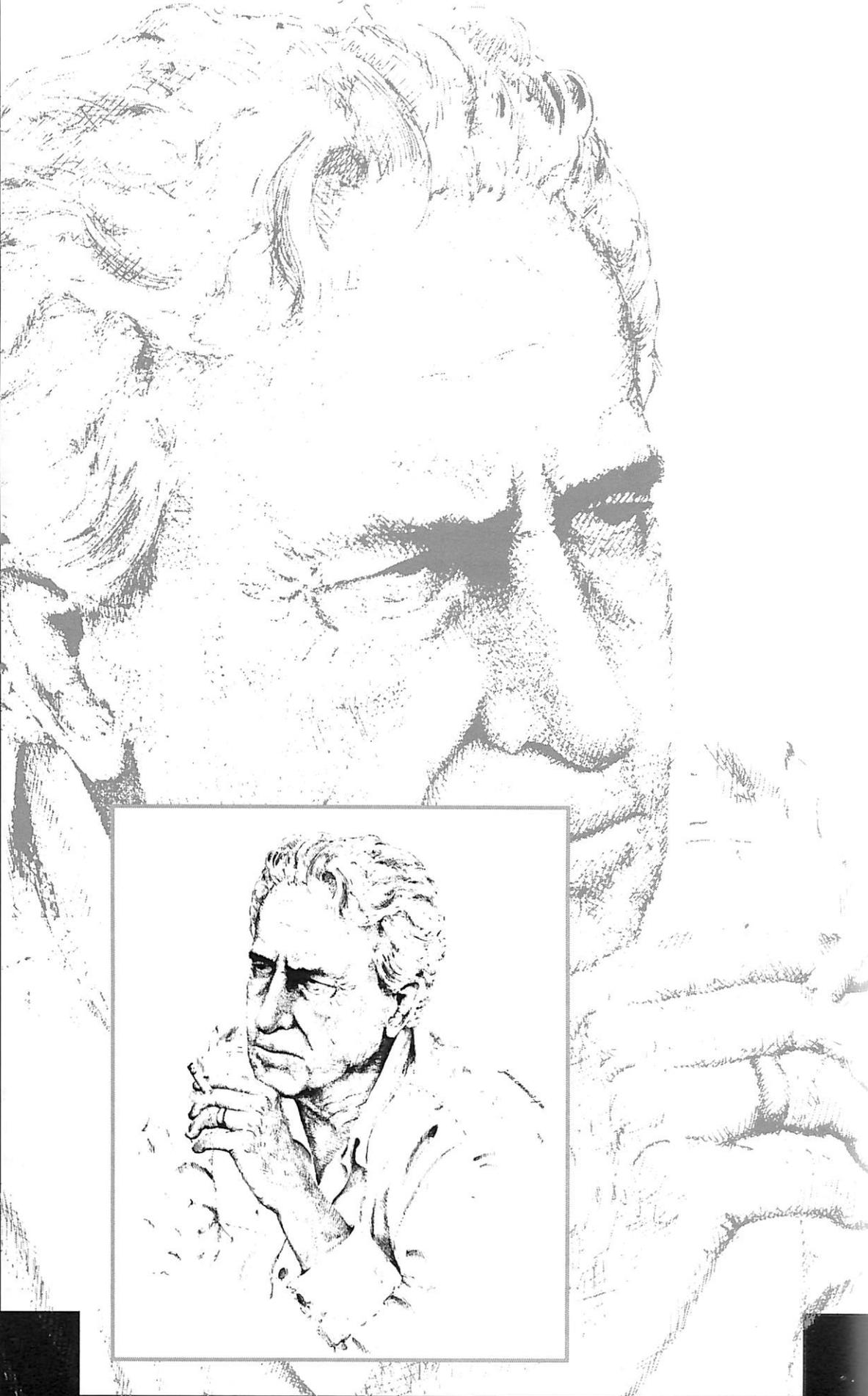


AGUIJÓN



Elis Mario Schneider, DIBUJO DE
JORGE CARRANDI, 2000

DIBUJO DE LUIS MARIO SCHNEIDER

Ln 1995, al frente de mi libro *Peces del aire altísimo*, como mascarón de proa se hallaba el nombre de Luis Mario Schneider. No me bastó la dedicatoria y tuve que añadir las siguientes líneas:

La dedicatoria al frente de estos ensayos es, en más de un sentido, su justificación. Conocí el nombre y los trabajos de Luis Mario Schneider cuando comenzaba a interesarme por el estudio de la literatura mexicana. Sus imprescindibles bibliografías y labor de rescate de Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta y Gilberto Owen me iluminaban tanto como me admiraban las múltiples direcciones de su lúcida y amorosa labor detectivesca: la estancia de Vladimir Maiakovski en México, la reconstrucción de la aventura estridentista o las representaciones icónicas de nuestra cultura [...] Entonces aprendí de él que acercarse a la literatura con objeto de descifrarla en sus orígenes y consecuencias, demanda ansia de develación, pasión en la búsqueda y disfrute en el descubrimiento. Sólo de esa manera podemos hacer compartibles las lecturas que hacemos en la obra-vida de la criatura indescifrable que llamamos poeta.

Leí por primera ocasión el nombre de Luis Mario Schneider asociado a la literatura mexicana en un libro de José Joaquín Fernández de Lizardi publicado por nuestra Universidad. Cursaba la Preparatoria, y el nombre sonoro del investigador me evocaba al del descubridor de las ruinas de Troya. Mi adolescencia imaginaba al doctor Schneider como un venerable sabio de barba blanca, exigente e inaccesible. Vi por primera vez a Luis Mario Schneider –por intermedio de su amigo y discípulo Sandro Cohen– la tarde de un domingo de 1981. Un hombre con la frescura de Peter Sellers y la galanura de Cary Grant



nos invitó a entrar, con una sonrisa a la que no afectaba trabajar el séptimo día de la semana. Recuerdo sus muebles rústicos, sus cuadros, su colección de armadillos, su generosidad para compartir el pan y las cebollas –literalmente– que esa noche tenía.

Vínculo ambos recuerdos porque resulta imposible pensar en el académico Luis Mario Schneider sin evocar su alegría de vivir. Su capacidad de trabajo era igual a su capacidad de gozo, y en esa afortunada conjunción se encuentra la lección del maestro. La historia de la literatura y de quienes la estudian es la historia del hombre melancólico, según el grabado emblemático de Durero. Luis Mario nunca supo del dominio del sol negro y prefirió vivir y enseñar a vivir bajo el signo del astro luminoso que nutría sus vigilias de estudio y hedonismo en Malinalco. Fiel a la parte germana que corría por sus venas, nunca ponía primeras piedras: concluida una investigación, había iniciado, imaginado y a veces terminado, nuevos proyectos. Fiel a su temperamento latino, sabía que la vida es demasiado seria para tomarla en serio. Por esa convicción, no ofrecía publicar un folleto ostentadamente dedicado a la historia general de los elefantes. En cambio, entregaba gruesos volúmenes que contenían, humildemente, una introducción a la historia de los elefantes. Luis Mario es el ejemplo de lo que es y debe ser un investigador universitario: el que cava para encontrar la luz y compartirla.

Luis Mario era una fiesta. A su lado, la comida se volvía un torbellino de ideas y una exploración del alma. Pedirle un consejo era no encontrar la solución, pero siempre saber que transitaríamos por una vía más alegre y menos ingrata que la que nos imponemos como penitencia. En reuniones de cuerpos colegiados, en sesiones de trabajo académico, en consejos editoriales, su punto de vista siempre era optimista y sano, preciso y relajado. Sugería y aceptaba opiniones con una generosidad poco común entre colegas. Tenía la cortesía para pedir prestada una idea, y a partir de ella construía una obra generativa. Recuerdo un hermoso ensayo suyo sobre la electricidad en la literatura mexicana escrito a partir de una imagen de *La rumba* que comentamos incidentalmente. Con su seriedad de investigador y su espíritu creativo, escribió una verdadera monografía de las maneras en que la electricidad modificó los hábitos de la sociedad mexicana finisecular.



A México llegó, de México se enamoró, y a su estudio dedicó sus mejores afanes. José Luis Martínez, decano de nuestros investigadores literarios, ha enlistado las numerosas obras en las que Schneider tuvo parte. La lista de Schneider asombra por su fecundidad y versatilidad: de Maiakovski y Artaud a la cocina mexicana, de Valle Inclán a los espacios sagrados, de la poesía amorosa a la novela, Luis Mario fue un hombre de letras en el más amplio sentido del término. Sus ediciones de autores mexicanos son herramientas de las que difícilmente un estudioso de la literatura puede prescindir. No solamente nos enseñó una nueva forma de leer a Xavier Villaurrutia, a Jorge Cuesta, a Gilberto Owen. Preocupado por el fenómeno humano, convencido de que los escritores no son nombres sino seres de pasiones, se convirtió en verdadero embajador de nuestras letras, como la ocasión en que logró que los estridentistas, enemistados entre sí, se reunieran para evocar y celebrar su generosa aventura juvenil.

No menos importante que su labor de rescate y sistematización de las obras completas de autores miliares fue su trabajo como editor, particularmente de jóvenes autores. Fundador de los *Cuadernos del Fakir* y de los *Cuadernos de Malinalco* en sus dos series, editó los trabajos iniciales de quienes hoy forman parte de nuestra historia literaria. Aventurero generoso, apostaba por quien estaba en el camino, animaba y exigía, apoyaba y cuestionaba. Nadie como él para sugerir un título, para eliminar el adjetivo que lastra o el artículo que empobrece. Galante para aprender, pedía la opinión de sus verdaderos pares, los jóvenes que siempre saben más —porque sienten más— que la voz de la experiencia.

Cuando un investigador y un creador de la altura de Luis Mario Schneider deja de estar físicamente con nosotros, el consuelo más frecuente es repetir que nos queda la inagotable herencia de sus páginas. Por el vasto abanico de sus miras, vuelvo a los libros de Luis Mario Schneider con más frecuencia de la que pudiera pensar. Al leerlo escucho su voz, pero me hace falta su necesaria muletilla: "¿Me entiendes?" No, doctor Schneider, no perdono a *la vida desatenta*, no comprendo a *la muerte enamorada*. Sé que en cualquier instante levantaré los ojos de sus páginas y usted llegará a esta Biblioteca Nacional, ataviado con su sonrisa por bandera, siempre dadivosa para todos. LC